



Capítulo 600: Salón Erábo

Vergil permaneció en silencio durante unos segundos, observando cómo el polvo luminoso se disipaba en el aire tras el brutal impacto. El suelo aún ardía, la piedra marcada por la energía residual del Bifrost—una cicatriz de puro calor, como si el tejido mismo de la realidad hubiera sido quemado en el rellano.

Respiró profundamente y el aire denso y caliente llenó sus pulmones. El ambiente era oscuro, pero no vacío. El cielo de arriba era una mezcla de gris y rojo, y el viento soplaban con fuerza, llevando el olor metálico del inframundo.

Cuando se giró, vio a Ada tambaleándose. Su cuerpo parecía demasiado ligero, como si sus huesos intentaran recordar lo que significaba volver a tener peso.

Virgilio dio un paso hacia ella y le extendió la mano.

"Agárrate a mí," dijo con voz profunda y firme, con una ligera sonrisa en la comisura de la boca. "Todavía pareces un poco mareado."

Ada lo miró, sus ojos todavía intentaban concentrarse. Aun así, ella tomó su mano sin dudarlo.

"Es... difícil acostumbrarse a esto," respondió ella, con una media sonrisa cansada. "Esta sensación de ser arrojado de un lugar a otro como si el cuerpo estuviera hecho de vidrio."

Virgilio la ayudó a estabilizarse, observándola de cerca. El contraste entre la tenue luz del Bifrost que aún brillaba en el aire y la sombra del dominio infernal hizo que su rostro fuera más pálido de lo habitual.



"Necesitas mejorar tu resistencia contra la magia", dijo, ajustando su guante de forma natural. "El Bifrost es energía arcana pura. Un cuerpo no preparado sufre realmente."

Ada levantó una ceja. "Me resisto", replicó ella. "Pero eso... eso no es magia común. Es algo que sólo usan los dioses. Es complicado para un cuerpo mortal, incluso para un cuerpo reforzado."

Vergil se rió suavemente por la nariz. "Complicado es una palabra amable. El Bifrost no fue hecho para humanos ni demonios... no somos inmortales para soportar tanto daño."

Desvió la mirada hacia el suelo quemado bajo sus pies. El resplandor de la runa que había utilizado Brynhildr todavía pulsaba allí y se desvanecía lentamente. Su presencia, la energía que había dejado atrás, todavía vibraba en el aire.

Pero lo que realmente le intrigó fue otra cosa.

Recordó el cruce. La presión, la luz, la sensación de ser lanzado a través del interior de una estrella. Y, sin embargo, no sintió el impacto que esperaba. No sintió ningún dolor, ninguna debilidad, ningún agotamiento mágico típico de alguien que cruza un portal dimensional.

Eso no tenía sentido.

¿Por qué fue tan... suave?

El pensamiento resonó en su mente mientras miraba a Ada. Ella, claramente, estaba sintiendo el peso del viaje. Y él, por el contrario, estaba en perfectas condiciones.



¿Podría ser...?

Virgilio entrecerró los ojos pensativamente.

En teoría, la sangre que corría por sus venas no era del todo demoníaca. Una mezcla peligrosa—parte demonio, parte ángel. Un equilibrio forzado que le dio acceso al poder, pero también lo convirtió en una anomalía frente a casi todas las reglas cósmicas.

El Bifrost, siendo un rayo de energía divina, tal vez reconoció esa mitad de él. Quizás lo aceptó como algo familiar.

“—Hmm,” murmuró suavemente para sí mismo. “Así que eso es todo.”

Ada lo miró con curiosidad. “¿Qué es ‘eso’?”

Vergil la miró, con la misma sonrisa enigmática que siempre cruzaba los labios. “Nada mucho. Sólo una hipótesis.”

“Estás poniendo esa cara como si hubieras descubierto algo importante y lo vas a ocultar hasta que vuelva a preguntar, ¿no?” ella se burló.

“Exactamente esa cara,” respondió, sin negarlo.

Ada se burló y cruzó los brazos. “Un día aprenderás a explicar las cosas sin sonar como un libro cerrado.”

“Lo dudo”, respondió Virgilio, y el tono frío de su voz casi sonó divertido.



Un ligero silencio se cernía entre ellos, interrumpido sólo por el lejano sonido del viento que pasaba a través de las columnas negras que se alzaban en el horizonte.

Ada respiró profundamente y miró a su alrededor. La escena era grandiosa y sombría —el suelo de piedra pulida, el cielo cubierto de nubes llameantes y, a lo lejos, el palacio de Erebus elevándose como una montaña viviente. El resplandor verdoso de las llamas eternas se reflejaba en las torres y cúpulas, proyectando sombras distorsionadas que parecían moverse por sí solas.

"Así que esto es todo..." murmuró. "El Salón de Erebus."

Virgilio siguió su mirada.



"Parece que sí", respondió. "Un buen lugar para un encuentro de dioses y demonios."

"Y por intrigas," añadió Ada, secándose el sudor de la frente. "Apuesto a que la mitad de los que están dentro no quieren estar en la misma habitación entre ellos."

"Entonces será divertido", dijo Virgilio, con su tono impregnado de ironía.

Ada se rió, un poco sin aliento. "Tienes un concepto muy distorsionado de diversión."

"Llámallo perspectiva." Vergil ajustó el cuello de su traje azul oscuro, todavía impecable a pesar de la caída. "Ven, no deberíamos hacerlos esperar."



Ada asintió, enderezándose con un poco de esfuerzo.

"Vamos" dijo ella. "Cuanto antes entremos, antes terminará esto."

Virgilio dio un paso adelante y volvió a extender la mano. Ella lo tomó, esta vez sin dudarlo.

El calor de su palma contrastaba con el aire frío y seco del inframundo. Y, por un instante, mientras caminaban uno al lado del otro hacia el lejano palacio, Ada se dio cuenta de que, incluso allí — en medio de las ruinas del infierno y a la sombra de los dioses — Virgilio seguía siendo el mismo: tranquilo, comedido, imposible de descifrar.

Y en silencio, pensó.

Miró de reojo a Ada, sintiendo la firmeza de su mano.

Con cada paso, el sonido de sus botas resonaba entre las columnas. El camino los conducía directamente a la colossal puerta del Salón de Erebus, donde ardían luces azuladas entre las tallas doradas.

Virgilio soltó la mano sólo cuando se detuvieron antes de la entrada.

"¿Listo?" Él preguntó.

Ada simplemente asintió y respiró profundamente. El sonido del aire que entraba en sus pulmones se mezclaba con el eco distante que venía del interior de la sala. Tan pronto como confirmó el movimiento, las puertas —colosales, talladas con antiguas runas y figuras de dioses en batalla— temblaron por sí solas.



Vergil levantó una ceja.

"Automático... práctico" murmuró.

El suelo bajo sus pies vibró ligeramente y las dos estatuas que custodiaban la entrada —figuras humanoides de al menos diez metros de altura, cada una con cascos que cubrían la mitad de sus rostros— comenzaron a moverse. El sonido de la piedra rozando contra la piedra resonó como un trueno, haciendo temblar el aire. Las estatuas cruzaron sus lanzas doradas y, al unísono, hablaron con voces lo suficientemente profundas como para hacer vibrar las columnas:

"Virgilio, el quinto rey demonio, y su esposa, Ada Baal."

Ada parpadeó, sorprendida. "¿Anunciaron...?"

Virgilio se ajustó tranquilamente la chaqueta, como si todo esto fuera parte de la rutina. — Protocolos divinos. Siempre exagerado.

Las puertas se abrieron por completo y la visión que se presentaba ante ellas era casi absurda.

La Sala de Erebus no estaba hecha de piedra ni de metal. Era una estructura suspendida — una inmensa meseta que flotaba sobre un abismo de luz negra. Los bordes parecían disolverse en niebla y el techo... bueno, no había techo. En cambio, un firmamento de estrellas rojas y doradas se extendía hasta el infinito, girando lentamente como un espejo distorsionado.

Los candelabros flotaban arriba, emitiendo una luz blanca y fría. La arquitectura era una mezcla de estilos — columnas griegas, vidrieras góticas



y mesas de madera oscura de estilo victoriano, con copas de oro y cristales tan transparentes que parecían líquidos.

Había allí seres de todo tipo. Dioses, ángeles, ángeles caídos, hombres lobo... Todos vestidos con ropas finas, muchos con aires de aburrimiento o arrogancia. Algunos lo miraron, otros lo miraron directamente, con esa curiosidad silenciosa de alguien evaluando a un nuevo depredador.

Ada dio un paso más cerca de él, susurrando:

"Esto parece una bola... de fantasmas ricos."

Vergil respondió sin mirarla:

"Una bola de monstruos con buenos modales."

Su voz sonaba tranquila, pero sus ojos estaban alerta, midiendo cada rincón, cada movimiento.



El sonido de las conversaciones disminuía a medida que avanzaban. La presencia de Virgilio pareció pesar en el aire. En parte respeto, en parte desconfianza. Era una figura que no pertenecía a ese lugar—y, precisamente por eso, todo el mundo parecía darse cuenta. Pero nada le impresionó tanto como lo que vino después.

Al otro lado del pasillo, cerca del trono vacío de Erebus, algo se movió. Un sonido pesado y rítmico, como el raspado de garras contra una piedra.

Vergil se detuvo y sus ojos se estrecharon.



El aire se hizo más cálido.

De las sombras detrás del trono surgió una forma colosal—tres cabezas que se elevaban lentamente, con sus ojos brillando con un tono azulado que atravesaba la penumbra. Cada respiración hacía temblar el suelo.

Los ojos de Ada se abrieron.

"Eso es..."

Vergil terminó, en un tono casi divertido:

"Cerberus."

El guardián del inframundo. Hades' perro.



La criatura lo miró fijamente. Las tres cabezas se alternaban, una gruñendo suavemente, otra olfateando el aire y la tercera simplemente mirando fijamente, inmóvil, como si lo estuviera estudiando.

Virgilio mantuvo su mirada fija. Por un instante, el silencio entre ambos —el hombre y la bestia— fue absoluto.

Uno de los dioses cercanos dio un paso atrás discretamente. La mera presencia de ese monstruo parecía distorsionar la gravedad local.

Ada murmuró: "Él... él te está mirando."

Virgilio respondió impasible, "me di cuenta."



Cerbero inclinó una de sus cabezas, el movimiento lento, casi curioso. Un sonido profundo resonó en el pecho de la criatura, no exactamente un gruñido, sino algo más cercano a un estruendo.

Virgilio dio un paso adelante. Toda la sala pareció contener la respiración.

"Interesante", dijo con una ligera sonrisa. "Pensé que el perro Hades' no se inclinaba ante nadie."

Una de las cabezas de Cerbero abrió la boca, mostrando colmillos del tamaño de espadas. Pero lo que salió no fue un ataque—fue un rugido bajo y profundo que vibró por el suelo... y luego se convirtió en silencio.

Virgilio entendió el gesto. No era una amenaza. Fue un reconocimiento.

Ada lo miró, todavía tensa.

"¿Fue eso... un saludo?"

"Algo así," respondió. "Creo que está emocionado. Sentí una conexión, él parece solo."

Ada miró a Vergil, sin entender muy bien lo que quería decir. Su tono, esa media sonrisa —fría y segura— siempre ocultaba algo. Pero antes de que pudiera preguntar, una voz resonó por el pasillo.

Una voz dulce... y, sin embargo, con un peso que provocaba escalofríos en la columna vertebral.



"Has llegado."

Virgilio se giró lentamente, riéndose ya antes de ver quién era. El sonido de su risa rompió la tensión que los rodeaba y sus ojos azules brillaron con una mezcla de reconocimiento y pura burla.

"¿Cómo estás, señorita incomparable con los cielos?" Dijo que su tono estaba plagado de ironía educada.

La figura que se aproximaba no necesitaba presentación. Sun Wukong—el Rey Mono, el Gran Sabio Igual al Cielo... o, en este caso, el más bello entre los invitados.

Wukong había decidido, una vez más, asumir su forma femenina—una mujer rubia con una presencia magnética y una expresión imposible de descifrar. Pero esta vez había algo diferente en ella. Un toque de solemnidad, quizás incluso... misterio.

Un velo translúcido cubría parte de su rostro, reflejando la luz de las llamas azules en el pasillo. Su cabello dorado estaba recogido en un moño impecable, sostenido en su lugar por una horquilla de jade que parecía valer más de la mitad del pasillo. El kimono dorado y blanco brillaba bajo la luz de las vidrieras flotantes y la tela parecía moverse por sí sola, como si el viento respetara su presencia.

En sus labios, una sonrisa contenida —y ante ellos, un abanico de dragones dorados, se abrió para ocultar parcialmente su rostro, revelando sólo sus ojos: fríos, traviesos y de alguna manera demasiado antiguos para pertenecer a algo humano.

Vergil cruzó los brazos, su mirada evaluaba la figura de Wukong de la cabeza a los pies, con ese aire provocativo de alguien a punto de divertirse.



"¿Estás practicando tu transformación?" Virgilio cuestionó, riendo levemente, "Es mejor que la última vez"

Wukong lo miró con expresión inexpresiva. "Ah..." ella suspiró, "Porque todavía tenía expectativas de que no intentarías burlarte de mí. Bueno, demonios..." Dijo ella, sacudiendo la cabeza.

'Ella habla en serio...' Vergil se dio cuenta. Por supuesto, Wukong era conocido por ser descuidado y no preocuparse por nada... verlo serio significaba que esta conversación... era real. "¿Está ella aquí?" Vergil interrogó, mirando a Wukong.

"Sí. Ella está en el segundo piso." Él dijo.

"Ya veo." Virgilio respondió, y "¿Y su campeón?"

"Él está con ella." Dijo Wukong.

"Qué divertido... ¿Vamos a saludar?" Él cuestionó.